

José Aurelio Sandí Morales y Sajid Alfredo Herrera Mena (eds.). (2022). *La opinión de un pueblo no se conquista. Independencia, Estado y nación en la América hispánica*. Universidad de Costa Rica, Editorial Sede del Pacífico. (470 pp.).

Eduardo Madrigal Muñoz
Universidad de Costa Rica
San José, Costa Rica
eduardo.madrigal@ucr.ac.cr
ORCID: 0000-0003-1347-9922

Ileana D'Alolio Sánchez
Universidad de Costa Rica
San José, Costa Rica
ileana.dalolio@ucr.ac.cr
ORCID: 0000-0002-6855-3918

A no dudarlo, el libro “La opinión de un pueblo no se conquista”, coordinado por los historiadores José Aurelio Sandí (Costa Rica) y Sajid Herrera (El Salvador), es un libro necesario. Es, por demás, el resultado de una perspectiva visionaria de la Escuela de Historia de la Universidad Nacional de Costa Rica (Heredia), a la que le cabe el mérito de haber sido una de las instituciones que más actividades realizó en relación con la celebración del bicentenario de la Independencia centroamericana en Costa Rica. No es únicamente, sin embargo, un texto sobre la Independencia como tal, sino también sobre la historiografía e interpretaciones que se han realizado sobre ella, sobre la memoria histórica que nuestras sociedades guardan acerca del proceso y sobre la pedagogía de la Historia relacionada con la temática. Cubre, además, una gran extensión geográfica, pues incluye no únicamente trabajos sobre la coyuntura en Centroamérica, sino también en países como Chile y Colombia.

El trabajo comienza con un artículo del sacerdote e historiador Manuel Benavides quien realiza un estudio biográfico pormenorizado de los diputados centroamericanos a Cortes en los períodos de vigencia de la Constitución de Cádiz de 1812. Para hacerlo, aporta un estudio portentoso en términos de la cantidad de fuentes —archivos y bibliografía que utiliza acerca de los personajes que analiza— las cuales se encuentran situadas tanto dentro de la región centroamericana como fuera de ella. El estudio aporta elementos relacionados con los orígenes sociales, estudios, carrera política y conexiones sociales de los individuos estudiados de forma profusa en detalles, de una manera que se aproxima en mucho a la prosopografía clásica. Tal característica es, sin duda, la gran fortaleza y el gran aporte del artículo, pues visibiliza un corpus de individuos que no habían sido estudiados hasta ahora en la historiografía sobre la región y el periodo. El trabajo, sin embargo, muestra debilidad en el plano del análisis, ya que carece de una perspectiva teórica que le permita sobrepasar la mera descripción de los atributos externos de los actores sociales estudiados y se limita casi solamente a describir los aspectos biográficos superficiales de estos. Brinda así únicamente un retrato fijo de los individuos tratados, retrato que carece de vinculación con el contexto estructural que enmarcó a estos personajes y no se preocupa por establecer los nexos sociales que pueden haber explicado mucho acerca del accionar político de estos. Lo anterior se debe claramente a la falta de formación del autor en la metodología prosopográfica y en el marco teórico de redes de sociabilidad, que han venido siendo aplicados al estudio de

las élites hispanoamericanas de todos los periodos y que precisamente es el aporte de los estudios que se han realizado en los últimos 30 años con esta perspectiva teórico-metodológica acerca de esta temática. Por supuesto, lo anterior no quita mérito al hecho de que este trabajo visibiliza por primera vez un tema que ha brillado por su ausencia hasta ahora en los estudios sobre el periodo 1812-1821.

Por su parte, el capítulo que correspondió al historiador costarricense Pablo Rodríguez Solano también brinda un aporte señero al conocimiento de la región centroamericana en el convulso período independentista. El trabajo de Rodríguez se enmarca visiblemente en el contexto de su investigación doctoral, desarrollada en Barcelona bajo la tutoría de Juan Carlos Garavaglia, y su premisa fundamental es que el estudio de la fiscalidad puede servir para explicar prácticamente todos los demás procesos relativos a la construcción del Estado en los países hispanoamericanos, pues se vincula no solo con lo económico, sino también con lo político, social y cultural. En consecuencia —y esta es la otra premisa de su análisis—, tal proceso debe verse en perspectiva regional, pues fue común a todos los países del área latinoamericana. En todos estos sentidos, sin duda alguna, el trabajo de Rodríguez constituye un esfuerzo exitoso. Tiene, además, la admirable cualidad de poseer un fundamento teórico-abstracto sumamente completo y de gran profundidad, lo que proporciona al trabajo una inmejorable plataforma analítica de la gran cantidad de datos empíricos que maneja. La única debilidad que podría señalársele es que toda la sección correspondiente al periodo colonial, así como la que se refiere a las vicisitudes de la fiscalidad en la región centroamericana independiente, hacen que la sección sobre Costa Rica, producto del trabajo con fuentes primarias del autor —extensísimo y valiosísimo, por demás— quede bastante apocada. La sección relativa a Costa Rica, por el contrario, resulta una excelente síntesis de sus trabajos anteriores, aunque queda algo reducida en cuanto al número de páginas respecto a las secciones que le preceden. Valdría la pena, además, para futuros trabajos, que el autor profundizara en su conceptualización de que la “debilidad de la elite” de Costa Rica determinó muchos de los avatares políticos del periodo, pues este tema no se explica en el artículo y parece reñir con lo propuesto por los autores que le siguen. Finalmente, resulta sumamente importante la reflexión planteada por el autor sobre el tema de la crisis fiscal del Estado costarricense actual, pues tal planteamiento demuestra un elemento básico del trabajo

histórico: que los historiadores que investigan acerca de periodos muy reculados en el tiempo no por ello le dan la espalda al presente.

El tercer capítulo del libro, cuya autoría pertenece al costarricense José Aurelio Sandí, aborda el tema, ya algo tratado por la historiografía, de la creación de la diócesis de Costa Rica como condición básica para la consolidación de la independencia y la soberanía, así como para la construcción del Estado y la identidad nacional. El autor plantea con gran acierto que este proceso fue necesario para eliminar la dependencia que Costa Rica tenía hacia la diócesis de Nicaragua, a la cual pertenecía desde el siglo XVI. Ello era indispensable para consolidar la soberanía nacional, así como las fronteras del país con su vecino del norte, principalmente en el Río San Juan y el antiguo Partido colonial de Nicoya. El tema, en efecto, ha sido estudiado y planteado de esta forma también por Carmela Velásquez, Manuel Benavides (autor del primer artículo del libro) y Bernal Rivas. Sin embargo, el trabajo de Sandí lo retoma con sustancial solvencia y lo profundiza debido a su extenso uso de documentos procedentes de Costa Rica, Nicaragua y de la Curia Romana, lo cual es un mérito digno de encomio. Para lograr su objetivo, el autor expone los diferentes procesos y argumentos esgrimidos por diferentes figuras de la época para lograr la creación de la diócesis, alcanzando un gran nivel de detalle acerca del papel jugado por varios personajes de la época en sus afanes por consolidar el proyecto. Visibiliza las luchas de poder habidas en el seno de la Iglesia, especialmente con el obispado de Nicaragua -cosa que no muchos estudios hacen- y en especial, saca a relucir los avatares del nombramiento del primer obispo, junto con la miríada de intereses de todo tipo que rodeó el proceso. Dentro de este contexto, el trabajo de Sandí brinda un gran aporte, solo atisbado hasta ahora por la historiografía: plantea que la idea de la “Costa Rica blanca”, pacífica y democrática no es creación exclusiva del historiador guatemalteco Felipe Molina, como se suele plantear en la historiografía sobre la década de 1850, sino de todo un grupo de poder afincado en Costa Rica, que buscaba diferenciarse del resto de Centroamérica. Esta idea, claramente, caló de manera profunda en el imaginario nacional y perdura hasta hoy. Además de lo anterior, vale resaltar que resulta sumamente atractivo —y es otro gran mérito del trabajo— el estilo chispeante, dinámico y frecuentemente humorístico del autor, el cual brinda una gran amenidad al trabajo. Así pues, el análisis del proceso de creación de la diócesis de Costa Rica brindado por Sandí es

sumamente agudo y completo, pues abarca desde los asuntos religiosos hasta los económicos, pasando por lo relacionado con la política, la identidad nacional y el territorio. Todo ello se lleva a cabo con gran profusión de fuentes y con abundantísima cantidad de datos empíricos, lo que no disminuye para nada la profundidad analítica del estudio.

De seguido, el cuarto episodio de este recorrido por las independencias hispanoamericanas es desarrollado por el colombiano Armando Martínez, quien aborda las vicisitudes del primer gobierno —de carácter militar— de la hermana república de Colombia, el cual estuvo en funciones de 1819 a 1821. Este gobierno fue el resultado de las guerras de independencia — algo que no tuvimos en el istmo centroamericano— y su origen se produjo cuando el prócer Simón Bolívar, a su partida para la Angostura, dejó al mando de la jurisdicción de Cundinamarca al general Francisco de Paula Santander. El trabajo de Martínez, empero, es eminentemente una historia acontecimental, sin mayores visos de poseer un enmarcamiento teórico-metodológico más allá del de la Historia episódica más tradicional, pese a lo cual, tiene el mérito de visibilizar los avatares de este primer gobierno de la historia de Colombia. El autor narra profusamente los acontecimientos relativos a la expulsión del régimen colonial y la implantación del nuevo régimen independiente. Con ello deja ver temas omnipresentes en la historia latinoamericana como la pavorosa inseguridad jurídica, el autoritarismo y el militarismo que predominaron durante el periodo independentista. Esto fue así porque, según reseña el autor, el general Santander separó el concepto de “independencia” del de “libertad” y planteó que, para lograr la primera, era condición previa renunciar —aunque provisionalmente— a la segunda. Con ello, Santander impuso un tipo de gobierno tremendamente represivo y militarista, que recuerda el de caudillos centroamericanos como Francisco Morazán. Este estilo de gobierno era, por demás, un leitmotiv característico de prácticamente toda la Hispanoamérica de este tiempo. Tal régimen se manifestó a través de fusilamientos, reclutamientos forzosos, confiscaciones masivas, imposición de contribuciones onerosas y adquisición de préstamos, todo ello para dar sustento a la guerra. Tales acciones naturalmente hicieron perder legitimidad al gobierno, que recibió grandes críticas y oposición, lo que lo obligó a incrementar la represión. En todo esto, por demás, queda evidenciada la tremenda destrucción y el tremendo empobrecimiento que las guerras de independencia acarrearón a la región. La represión se dirigió también contra el clero

conservador, lo que condujo a la necesidad de salvaguardar la religión para no causar temores de “irreligiosidad” del gobierno entre la población, para lo cual también se recurrió a la descalificación de la moral religiosa de España. Todo terminó con la entrada en vigencia de la constitución colombiana de 1821.

La primera parte del libro, es decir, aquella que está encaminada a estudiar los procesos de independencia en sí, termina con el trabajo del historiador salvadoreño Sajid Herrera, que versa sobre la solicitud del departamento de Santa Ana de separarse de la jurisdicción de San Salvador, para constituirse en un Estado aparte, durante el periodo de la Independencia y el federalismo centroamericano. Sajid Herrera manifiesta un dominio impresionante de un extensísimo corpus de datos empíricos acerca del asunto, pero también una profunda capacidad analítica del proceso. Comienza su capítulo señalando la debilidad intrínseca de los primeros Estados centroamericanos por efecto de las rencillas entre localidades, que condujo a separatismos abiertos como el de la región de Santa Ana, pero también como el del territorio de Los Altos de Guatemala, estudiado hace ya tiempo en un trabajo clásico por Arturo Taracena. Para contextualizar su trabajo, Sajid Herrera muestra una gran virtud, propia y definitoria del trabajo de historiador: la perspectiva de largo plazo. Sitúa su objeto de estudio en el tiempo y lleva a cabo un análisis del devenir histórico de este desde su fundación en el periodo colonial, abarcando su crecimiento como jurisdicción durante el siglo XVIII tanto en lo económico como en lo demográfico, hasta que se convierte en subdelegación con la creación de las Intendencias, en 1785 y posteriormente en villa, en 1812. Durante la época de la Independencia, al igual que Costa Rica, la jurisdicción de Santa Ana se debatió entre la posibilidad de unirse al imperio mexicano o permanecer independiente a la expectativa de los acontecimientos y se produjo allí la misma división entre partidarios de la monarquía y partidarios de la república que se vivió en Costa Rica. Tal situación desató la represión de la Junta de Guatemala y del ejército de Filísola contra los republicanos de San Salvador, ocasionando fuertes combates que se temía pudieran extenderse a Costa Rica. En su estudio, Herrera saca a relucir también la misma inseguridad jurídica, así como el recurso constante a las armas que se notan en toda la Hispanoamérica del periodo. Además, y esto es un mérito adicional del trabajo, el autor aborda el tema de los anexionismos del periodo federal centroamericano —como el de Nicoya a Costa Rica—, que eran facilitados por la legislación

de la federación, que permitía a los territorios escindirse de unas jurisdicciones para anexarse a otras y así formar los estados federales. En el caso de Santa Ana, su secesionismo se debió a sus diferencias políticas con la ciudad de San Salvador, de tendencia republicana y opuesta entonces al monarquismo. Finalmente, el mérito más sobresaliente del trabajo de Sajid Herrera es su visión de la Independencia como un conjunto de microprocesos regionales de ruptura, no solo con la metrópoli, sino también de las localidades con las capitales coloniales. Proceso inverso fue el que se vivió en Costa Rica con la ciudad de Heredia que, en vez de romper con la diputación provincial de León, como las demás localidades de la provincia, eligió seguir siendo fiel a esta hasta 1823. Por demás, el análisis planteado por este autor conduce a cuestionar mitos nacionales como el de la “excepcionalidad costarricense” —ya que es claro que Costa Rica se ubicó en las mismas coordenadas y vivió de la misma forma los procesos históricos de este tiempo— y nos concientiza acerca de la necesidad de estudiar la independencia en perspectiva regional centroamericana.

La segunda parte del libro está dedicada a dar cuenta de las transformaciones del poder y de lo político que ocurren en el marco de la nueva forma de sociedad democrática, la cual se inaugura en Hispanoamérica con los procesos independentistas y la ruptura con el Antiguo Régimen. Se compone de siete capítulos que abordan temas como la construcción social de lo político, la legitimación ritual y simbólica del poder en la celebración de las fiestas patrias, el papel de la opinión pública en los procesos de independencia y en la construcción del nuevo orden social, la participación de los intelectuales en la celebración, conceptualización e interpretación de los procesos de independencia —incluidas las revisiones historiográficas y el cuestionamiento de la didáctica de la historia. En conjunto, estos estudios cubren todo el período de vida independiente desde el siglo XIX hasta el siglo XXI, y están organizados cronológicamente.

Los primeros dos capítulos de esta segunda parte tratan acerca de la legitimidad política y la dimensión simbólica del poder y cómo se plasma la ruptura con el viejo orden social y se empiezan a manifestar rasgos de un orden nuevo. En este nuevo orden social, lo político instituye una nueva forma de sociedad en la cual el poder se muestra como una instancia simbólica por conquistar, “un lugar vacío” diría Lefort. De ahí que pueda pensarse en ese

lugar vacío como perteneciente a la soberanía popular, a la expresión de la voluntad del pueblo, pues se reconoce que el nuevo orden social se compone de las discordancias y oposiciones de ese conjunto heterogéneo que es “el pueblo”, donde la disputa por la legitimidad y el reconocimiento de la identidad juegan un papel central. Sin desligarse de las problemáticas ligadas a este nuevo orden social y su legitimidad política, el siguiente capítulo aborda el tema de la opinión pública, bajo la fórmula de dos bandos enfrentados a través de dos periódicos, como sucedió en Guatemala.

De manera que estos tres primeros capítulos de la segunda parte guardan una relación en las problemáticas que presentan. En el capítulo sexto el historiador chileno Gabriel Cid estudia los conceptos de soberanía, revolución, democracia y constitución, en documentos históricos que se elaboraron durante los momentos constituyentes de la independencia chilena, entre las abdicaciones de Bayona en 1808 y la promulgación de la constitución de 1833, la última constitución chilena del siglo XIX y la que propuso acabar con la revolución —en ese período convulso se redactaron ocho textos constitucionales, mientras que en todo el siglo XX solo dos. Siguiendo al filósofo francés Claude Lefort, Cid insiste en que las revoluciones independentistas fueron revoluciones de “lo político”. El problema del advenimiento de la democracia implicó una revolución debido a la despersonalización del espacio del poder — que en la forma de sociedad del Antiguo Régimen se encontraba en el cuerpo del príncipe— pero también en el surgimiento de la soberanía popular y de la expresión de la voluntad legal de este nuevo soberano, “el pueblo”. El recurso al presidencialismo y el señalamiento de los peligros del “entusiasmo revolucionario” fueron algunas maneras en las que se restituyó el orden político y se lidió con el vacío dejado por la figura del rey. En el séptimo capítulo, el historiador salvadoreño Leonel Hernández Sánchez expone la forma en la que la República Federal de Centroamérica, entre 1821 y 1825, utilizó las prácticas ceremoniales de la monarquía —como las juras al rey y sus elementos festivos— para reelaborar una fiesta cívica que lograra incorporar “intereses, estéticas, lenguajes y símbolos” de una política moderna y de una ciudadanía liberal. El autor devela que hubo continuidad en la participación de la sociedad corporativa en las prácticas rituales y en las formas de sacralización del poder. Pero también hubo variaciones, la legitimación ritual y simbólica del poder durante la gestación de la República Federal de Centroamérica se acompañó de nuevos elementos

simbólicos introducidos en los viejos rituales, por los que las autoridades y líderes políticos republicanos intentaron expresar la legitimación del nuevo orden político. Lo mismo ocurrió en el lenguaje, algunos significados difieren de los del Antiguo Régimen, pero las prácticas imperiales y los elementos culturales del pasado persistieron a medida que la identidad nacional fue surgiendo posteriormente a los procesos independentistas. En el octavo capítulo la historiadora mexicana María Eugenia Claps Arenas, analiza la temática de la independencia y otros eventos políticos del Estado chiapaneco ocurridos entre 1827 y 1830, a través de la visión de los editores del semanario *El Pararrayo*, quienes formaban parte de los grupos política y económicamente mejor posicionados desde tiempos coloniales y que defendían sus intereses comerciales. La autora muestra la confrontación entre grupos provenientes de sectores sociales diferenciados, que se disputaron el poder a través de la formación de bandos políticos alrededor de periódicos. El otro grupo provenía de sectores medios y bajos de la monarquía española, criollos, mestizos y ladinos cuyo ascenso social se produjo por medio del ejército, algunos de los cuales pertenecían a la logia yorkina que recién se formaba en México. Sus discursos e ideas políticas quedaron plasmadas en el periódico de la Campana. En suma, la autora demuestra que los semanarios chiapanecos jugaron un papel muy importante en consolidar la independencia, defenderla y validarla, pese a los tropiezos que enfrentó Chiapas al incorporarse a la nación mexicana.

Los siguientes dos capítulos tratan acerca de la identidad y la independencia. Uno se enfoca en la celebración de la independencia nacional en una localidad que recién se incorpora a la dinámica política y económica del país, y el otro examina el pensamiento de un intelectual centroamericano que se proyecta desde una identidad cultural hispanoamericana para reclamar la independencia de los poderes coloniales de todo el continente americano. En el capítulo noveno, los historiadores costarricenses Fernando Ordóñez y Alexander Porras investigan cómo se celebró, entre 1885 y 1921, la fiesta de la independencia de Costa Rica en Limón y la relación con la identidad multicultural y la marginalidad territorial presentes en una localidad que, en el período bajo estudio, pasa de ser el pueblo de una comarca a erigirse en la ciudad que ostenta una municipalidad y se constituye en cabecera de provincia. Los autores argumentan que el grupo que detentaba o administraba el poder a nivel local inició la tradición de la fiesta privada a finales del siglo XIX, en la que también se

incorporaron los rituales religiosos católicos, pese a ser una población que en su mayoría profesaba el protestantismo. Estas festividades se hicieron públicas más tarde, con la celebración escolar de la independencia y los actos oficiales organizados desde la escuela en el parque Vargas que fue el epicentro de la fiesta pública en la primera década del siglo XX. En estas fiestas cívicas la identidad multicultural limonense representada por la variedad de colores y banderas, fue opacada por el blanco, azul y rojo de la identidad nacional costarricense. Por otra parte, el décimo capítulo, de la historiadora costarricense Margarita Silva Hernández, investiga la independencia de Centroamérica y el pensamiento hispanoamericano contra el coloniaje en el discurso de Vicente Sáenz, un intelectual centroamericano, de origen costarricense, quien vivió entre 1896 y 1963. La autora estudia dos obras importantes de este pensador como son *Centroamérica en pie* e *Hispanoamérica contra el coloniaje*, ambas publicadas en la década de 1940. A partir de la teoría marxista el pensamiento de Sáenz ubica la causa primaria de la independencia en la lucha de clases entre los grupos de poder, una clase española americana confrontada a la de los españoles europeos. Sáenz propone que la independencia de América ha quedado inconclusa, por lo que plantea la lucha contra el coloniaje territorial europeo y el coloniaje económico y cultural ejercido principalmente por las grandes potencias y las empresas monopolistas transnacionales de capital extranjero. La historiadora destaca cómo Sáenz, en su papel de intelectual comprometido con su sociedad y su tiempo, intentó mostrar la discordancia entre el discurso de los grupos que detentan el poder y sus prácticas políticas, no solo para proclamar la igualdad siendo consecuente con su pensamiento marxista, sino para defender el derecho de los pueblos a forjar su propio destino.

Finalmente, el libro cierra con dos capítulos que nos permiten reflexionar acerca del quehacer de historiadoras e historiadores alrededor de la temática de la independencia —que lleva doscientos años garantizando nuestro sustento. Uno de estos capítulos repasa las revisiones historiográficas en torno al proceso de la independencia centroamericana y el otro capítulo revisa, desde la didáctica, el divorcio entre los contenidos sobre la independencia que se enseñan en el currículo escolar y el sentido que tendrían en la formación ciudadana si se introduce “el para qué de la historia”. El undécimo capítulo, de la historiadora nicaragüense Xiomara Avendaño Rojas, describe las redes intelectuales y las instituciones académicas y

culturales a las que estaban afiliados los historiadores centroamericanos que impulsaron estudios históricos y encuentros académicos que se interesaron por el tema de la independencia. Pese a la larga trayectoria de distintas tradiciones historiográficas alrededor del tema, Avendaño encuentra una fragmentación en las visiones y enfoques sobre la independencia centroamericana, al no compartir información bibliográfica ni archivística y por la falta de diálogo entre enfoques. La autora señala una agenda de investigación en la que se incorpore al estudio sobre la independencia facetas como la de la historia social de las élites o la de la historia del papel económico y social de los indígenas, negros, mulatos y mestizos al enfrentarse al nuevo orden social. Cierra este libro, el duodécimo capítulo de la historiadora costarricense Jessica Ramírez Achoy, que se presenta como un interrogante desde el Bicentenario de la Independencia. La historiadora se pregunta ¿cuál historia de la independencia necesitamos en la educación escolar? —una consideración pertinente para sociedades en las que la democracia moderna está signada por el autoritarismo y la violación constante a los derechos humanos. Ramírez cuestiona los currículos escolares y los textos utilizados en la enseñanza de la historia en algunos países centroamericanos, pues a su parecer, limitar la crítica didáctica al trabajo en el aula es cegarse a la tarea capital de cuestionar el discurso hegemónico de la historia oficial, pues no solo el relato histórico y las herramientas con las que se construye han cambiado, los ciudadanos de hoy día son diferentes a los que vivieron hace doscientos años, de ahí la pregunta por la historia necesaria para la nueva ciudadanía.

Esta obra concede a los sucesos de la independencia un valor particular y sus distintos capítulos dan cuenta de la imposibilidad de continuar con las coordenadas políticas del Antiguo Régimen y permiten entender los nudos de la configuración de un nuevo orden social que incide en la formación de instituciones e identidades. En las apreciaciones de los intelectuales, militares y estadistas latinoamericanos del siglo XIX no sólo encontramos “prejuicios” y “maniqueísmos”, sino también atinadas descripciones sobre una cierta manera de ser en relación con lo político (por ejemplo, nuestra manera de desacatar las leyes). Al descifrar el significado en el pasado de los conceptos políticos modernos que hoy usamos, comprendemos que hay una distancia en “lo político” y en la práctica política, no así en la cultura política. Pasar por alto las desigualdades étnicas, sociales y culturales y creer que se

solucionarán con mano dura, es parte de una cultura política que parece exceder los dos siglos de independencia. En términos generales este libro muestra que hubo una apropiación de lo político por parte de quienes se ocuparon de construir los pilares y atributos de los nuevos Estados; y, si bien, los nuevos conceptos y símbolos fueron interpretados y usados a favor de los intereses desde donde se enunciaron, es porque en esta nueva forma de sociedad “la opinión de un pueblo no se conquista”.